

había propuesto hacer de él un instrumento de dominación, y colóquese á un individuo formado así fisiológicamente, en un medio social como el de la Roma de aquel tiempo, ármesele con la omnipotencia absoluta, enloquézcasele con los honores divinos, y tendremos la explicación de ese fenómeno de patología histórica que se llamó Neron. No hemos de detallar sus crímenes: eso queda para la frase cínica de Suetonio; estudiaremos á grandes rasgos al hombre, y nos preocupará la suerte del imperio, ese protagonista de la historia de la Roma imperial, siempre ausente de la obra de los clásicos.

Se llama el quinquenio feliz, el período de los primeros cinco años de Neron, porque durante él los desórdenes, las orgías, los crímenes, no salieron del recinto del palacio imperial, y el joven monarca repetía en público las frases que su preceptor, el retórico Séneca, le había enseñado. Este hombre notable, el más notable de los filósofos moralistas de Roma, después de Cicerón y Marco Aurelio, de estilo declamatorio y teatral, pero que prestó á la humanidad el inestimable servicio de compilar y propagar las máximas de la más pura moral, y Burrhus, honrado oficial lleno de complacencia para su amo, dirigieron al principio el gobierno. Agrippina, heredera del carácter dominador de su madre, quiso realizar su programa de reinar en nombre de su hijo: Séneca y Burrhus, explotando los malos instintos de Neron, se lo impidieron; Agrippina amenazó con devolver el trono al hijo de Claudio, á Britannicus, cuya hermosa voz causaba la envidia de Neron; para llegar á este extremo, Agrippina había agotado todos los medios de mantener bajo su influencia á su hijo, y si hemos de dar crédito á los escritos del siglo de los Antoninos, no se detuvo ni ante el

incesto; todo fué en vano: Britannicus murió envenenado con un brebaje preparado por Locusta. Poco tiempo después, Agrippina tuvo que retirarse de palacio; estaba en plena desgracia.

Desembarazados de Agrippina Burrhus y Séneca, gobernaron bien, castigaron á los prevaricadores, á los falsarios, hicieron efectiva la justicia gratuita, y el filósofo español hizo avanzar la tendencia, propia de las tradiciones imperiales, á hacer desaparecer las relaciones de reina á vasallos que existían entre Roma y las provincias; la ciudad imperial empezó á ser la capital, no la dueña del mundo.

Algunas medidas económicas de mucha importancia como la supresión de los impuestos indirectos, fracasaron ante la oposición de los ricos; en cambio, se dictaron varias buenas medidas en favor de los contribuyentes, hasta entonces á merced de los agentes fiscales; se protegió el comercio etc. Se contuvo á los gobernadores que hacían pesar sobre las provincias los gastos de sus fiestas, se disminuyeron los derechos á los delatores, se socorrió en grande escala á los pobres, se regaló al pueblo, y se detuvo, con donativos importantes, la bancarota del tesoro senatorial. Es verdad que, obedeciendo á un espíritu de reacción aristocrática contra el gobierno de los libertos bajo Claudio, se tomaron algunas disposiciones crueles sobre los esclavos, como la de condenar á muerte á todos los de un ciudadano asesinado, y á los libertos, que viviesen bajo el mismo techo que la víctima; pero muchos hechos prueban que en la práctica de la justicia, la legislación contra los esclavos se endulzaba cada día más, y que las clases inferiores estaban penetradas de simpatías por ellos.

Neron continuaba su vida de desórdenes, después de administrar grave

mente justicia, y era el director de tumultos nocturnos en las calles y en los teatros, acompañado de los jóvenes petimetres (*trossuli*) de Roma. Entre ellos había uno, Othon, de cuya mujer, Sabina Poppea, se enamoró el emperador; Othon fué desterrado á un gobierno en España y su mujer, tan bella como ambiciosa y depravada, partió el lecho de Neron. Para ser emperatriz tenía dos obstáculos, Agrippina y la dulce Octavia, esposa legítima del César. Aniceto, un miserable instrumento de Neron, se encargó de hacer desaparecer á la primera; le tendió una celada mientras navegaba, pero habiéndose salvado á nado, fué asesinada en una de sus quintas. Neron, Séneca y sus amigos fingieron que la madre había complotado la muerte del hijo y el Senado y el pueblo celebraron espléndidas fiestas por la salvación del parricida.

Es verdad que mientras Neron cometía estos crímenes, mientras dando rienda suelta á sus caprichos, se convertía en cochero en los círcos, y cantante en los teatros, las provincias vivían tranquilamente, las ciudades todas del imperio acudían en auxilio de cualquiera de ellas que fuese víctima de una catástrofe, como sucedió en Laodicea el año 60, y que en Roma lo mismo que en el resto del mundo los crímenes eran severamente castigados; pero todos temían el porvenir.

Por esa época los provinciales comienzan á preponderar en la literatura, en las ciencias; galos eran el poeta Cornélius Gallus, el historiador Trogo Pompeius, el orador Domitius Afer y el sensual y elegante epicureo Petronio, árbitro del gusto en la corte imperial que había venido después de los anteriores. Apollonius de Tyana, filósofo, taumaturgo, santo, con el cual las mujeres sirias de la corte de Severo, quisieron hacer un Cristo pagano, para

oponerlo al de los cristianos, pasó entonces por Roma; Stacius, el famoso improvisador vivía entonces ahí con la gran colonia española agrupada en derredor de Séneca, cuyos miembros más distinguidos eran Gallion y Mela, que ejercían altas funciones, Lucano, el autor del poema épico *Farsalia*, en donde hay versos admirables y huecas declamaciones, adulaciones indignas y rasgos llenos de estoica fiera: Marcial, el gracioso, impuro y miserable epigramático; el geógrafo Pomponius Mela; el célebre Collumella, que quiso ser el nuevo legislador de la agricultura y se creyó capaz de igualarse á Virgilio; Quintiliano, el apreciable sábio que formuló recetas para hacer oradores, etc. Toda esta pléyade de ilustraciones de la decadencia, prueba lo adelantado que estaba ya el trabajo de fusión del mundo y los rumbos distintos que el génio humano iba á tomar: los grandes poetas, los grandes historiadores, habían desaparecido ó iban á desaparecer en la generación siguiente, pero elementos nuevos tendían á reemplazarlos.

Algunos acontecimientos militares interrumpieron esta magnífica era de paz, en que no se escuchaba más que el ruido que hacían en Italia y en las provincias los trabajadores, abriendo caminos y canales y levantando monumentos. Corbulon, después de brillantes campañas en el Oriente, obligó á los parthos á solicitar la paz (63) y al rey de Armenia á ir á Roma á recibir la corona de manos de Neron. Los otros generales mantuvieron la paz á lo largo del Danubio y del Rhin, siguiendo la política de Augusto que había prohibido toda guerra con los germanos, pero procurando hacer el desierto del otro lado de la frontera. Por eso fué duramente rechazada la tribu de los Amsybares que pedían tierras y que desde entonces vagaron sin asilo por toda la Ger-

mania; algún día tomarán la revancha contra Roma; entonces llevarán el nombre de *francos*. En Bretaña hubo una lucha más seria: ahí, exasperados los bretones por la rapacidad de los agentes romanos y estimulados por los druidas de la isla de Mona, se rebelaron, poniendo á su frente á la viuda de uno de sus reyes, Boadicea. Los romanos lograron apoderarse de la isla de Mona y Boadicea fué vencida á pesar de su heroísmo (61).

Burrhus murió y ocupó su lugar el infame Tigellinus; Séneca, inquieto é inmensamente rico se retiró de la Corte y Neron, espoleado por Tigellinus y Poppaea, dió rienda suelta á sus furros. Una de las primeras víctimas fué Octavia: calumniada, repudiada, llamada de nuevo gracias á la resuelta actitud del pueblo y acusada de nuevo de adulterio fué relegada á la isla Pandataria y ahí recibió la muerte. Entre las personas asesinadas, poco despues, se encuentra el famoso liberto Pallas, á quien Neron debia el trono; eso sí, mientras se asesinaba, mientras los senadores, sus mujeres y sus hijos se prostituian infamemente al histrion imperial, este hacia oír en los teatros *su voz divina* y más tarde, cuando fué á tomar parte en los juegos olímpicos, dió la libertad á los griegos que lo habian aplaudido frenéticamente.

El año de 64, estalló en Roma un incendio que duró nueve días. Neron estaba ausente al principio, pero las víctimas de esa enorme catástrofe le imputaron aquel crimen inaudito: la imputación era injusta; pero Neron sabiendo que aquel pueblo reducido á la miseria no oíría la razón, achacó, con una maldad infernal, el incendio á algunos grupos de pobres disidentes judíos que se reunian en los miserables tugurios del arrabal en que empezó el incendio, para celebrar en comun los

sencillos oficios de su culto. Es probable que los judíos, entre quienes habia personajes importantes por sus riquezas y que odiaban á aquellos herejes, contribuyeron á hacer concebir al emperador su abominable proyecto: supo entonces Roma que habia una nueva religion que hacia cada vez mayor número de prosélitos entre los esclavos, los obreros y la gente perdida y que sus sectarios se llamaban *cristianos*. Neron para castigar á aquellos desgraciados, exhumó un antiguo tormento, los hizo atar desnudos á unos postes, los vistió con camisas embreadas y por la noche hizo que los encendieran como antorchas ante aquel pueblo ébrio de vino y de odio. Hasta Tácito, que como toda la aristocracia romana, desprecia profundamente á los cristianos, se siente conmovido al narrar esta atrocidad.

Puesto que de tan trágica manera hace en este momento su aparicion en la primera escena del mundo romano el cristianismo, contaremos en breves palabras su origen, deteniendonos, á fuer de historiadores en los hechos secundarios, sin pretender penetrar en el dominio sagrado de la fé.

Hasta los más eminentes representantes de la crítica negativa respecto de los orígenes del cristianismo, como Strauss, convienen en la realidad histórica de Jesus, que segun Clinton, nació el año 749 de la fundacion de Roma bajo el imperio de Augusto y fué crucificado el año 778, fechas diferentes de las vulgarmente seguidas. Convienen además en la autenticidad de la enseñanza moral consignada sobre todo en los tres primeros evangelios, bien diversos por la forma y por el fondo del IV evangelio que corresponde de lleno á la corriente helénica en que se envolvió la idea cristiana. Al hablar del profetismo hebreo hemos apuntado los antecedentes históricos de la doctrina

de Jesus, en las épocas anteriores á él y posteriores á la cautividad de Babilonia, en cuyo período enriqueció tanto su fondo dogmático el hebreísmo por su contacto con los persas, secretarios de Zoroastro; el carácter de esta doctrina moral que consistia en anteponer las buenas obras y sobre todo la caridad á las prácticas del culto externo, llegó á tal grado de desarrollo que no solo las escuelas espiritualistas, como la de los fariseos, la profesaban por boca de algunos doctores insignes como Hillel, sino que se habia hecho moneda corriente entre las clases inferiores, por cuya razón un sábio ha podido decir que en tiempo de Jesus, el sermón de la Montaña corria las calles de Jerusalem.

Para la escuela histórica, lo que constituye la originalidad imponderable de la obra de Jesus, aun haciendo abstraccion de la fé, es su tentativa resuelta de destruir todo el formalismo de la ley antigua, su conciencia clara y profunda de la perfectibilidad indefinida del hombre y su idea de reducir á una fórmula sublime de amor las relaciones del hombre con la divinidad.

Los judíos que habian visto desaparecer la última sombra de su libertad con el último vástago de los Macabeos, trabajados mas que nunca por ardientes apóstoles, por profetas oscuros que anunciaban el próximo advenimiento del período mesiánico y á quienes seguian turbas inmensas por las montañas y los caminos, vivian en esa atmósfera particular impregnada de misterio, en que se agitan los pueblos en vísperas de las crisis definitivas de su historia; estado especial del espíritu alimentado por la literatura apocalíptica, cuyo tipo era el gran libro de Daniel, redactado poco despues de la violacion sacrilega del templo por Antiokos Epifanes. Los judíos esperaban á cada mo-

mento la llegada del Mesias; Jesus fué saludado con este nombre, pero la conciencia de su mision espiritual expresada en un estilo etéreo impregnado de un encanto indefinido, que nos revela el Evangelio, alejó de él las turbas. Los cuerpos gobernantes de la iglesia hebrea, lo consideraron como un herege, los romanos lo creyeron un agitador peligroso, y el dulce profeta recibió la muerte en el afrentoso patíbulo de los esclavos.

Sus discípulos formaron un grupo en Jerusalem, bastante tímido para confundirse casi con los judíos ortodoxos, pero donde el culto de la personalidad de Jesus absorbe su doctrina. ¿Quién fué el primero que llevó la buena nueva á Antioquia, al Asia menor, á la Grecia, á Roma? Se ignora; solo sabemos que todos los centros judíos donde aparecia el cristianismo, los recién llegados empezaban á enseñar en las Sinagogas ahí encontraban terribles adversarios pero tambien prosélitos, un núcleo de creyentes se formaba y los otros judíos para destruirlos los denunciaban con un odio implacable á la autoridad romana, que generalmente despreciaba las delaciones; las llamaba *querellas de judíos*. El cristianismo de este período oscurísimo aparece para la historia como una especie de judaísmo disidente, hasta que el paso de un hombre por Antioquia, por el Asia menor, por la Grecia le viene á dar una individualidad propia. Este hombre fué San Pablo; él, rompiendo con los cristianos de Jerusalem, con los apóstoles, negó la obligacion de sujetarse á las fórmulas judaicas y desechando la vieja corteza de la antigua ley, hizo fácil para los gentiles la adopcion del cristianismo.

Entonces no se habian redactado los evangelios griegos, que son los que nosotros conocemos, y Pablo formuló la doctrina cristiana tal como la conce-

bia, toda llena de adoración por el espíritu de Cristo, enemiga de las fórmulas y penetrada de la idea de la gracia que ha hecho decir á los filósofos, que así en lugar de la justicia divina se ponía lo arbitrario. Pablo predicando la *locura de la cruz* llegó á Roma poco antes del gran incendio de 64 y ahí se pierde su huella para el historiador, pero las bases de la doctrina cristiana estaban zanjadas definitivamente.

Este es el cristianismo bajo su aspecto histórico. A los que profesaban el dogma divino de la caridad achacaron los esbirros de Neron, el incendio de Roma. La persecución tenía una base legal. Los que tal cosa niegan parten del error de que en la Roma pagana había libertad de cultos; es cierto que el carácter utilitarista del romano lo hizo, por regla general, respetar todas las religiones nacionales en sus respectivos centros religiosos y solo perseguía á las que, como el druidismo, eran un agente constante de perturbación y de revuelta. Pero las religiones solo tenían existencia legal cuando el Senado les había dado su pase y aunque es verdad que en Roma vivían tolerados todos los cultos orientales, sobre todo los orgiásticos, como los de Isis, de Mithra, de Sabasius, que halagaban mas las supersticiones populares que los dioses antiguos y que reemplazaban al viejo politeísmo greco-latino, casi muerto ya, existía una vieja ley contra los cultos extranjeros, recientemente aplicada por Tiberio, contra el culto de Isis y contra los judíos, que podía servir para el caso. Además los judíos y los cristianos negaban resueltamente que los dioses de Roma fuesen los verdaderos, de ahí el *sacrilégio*, no adoraban a la diosa *salud* cuando los emperadores se restablecían de sus enfermedades, ni adoraban las estatuas del príncipe, ni lo acataban

como *sumo pontífice*, todo lo que daba origen á la aplicación de la ley de *maiestatis* (de lesa magestad) y por último se reunían en asambleas nocturnas para leer las terribles imprecaciones de los profetas contra los ídolos y contra Babilonia, que podían adecuarse perfectamente á Roma, y estas eran asambleas sediciosas. No se necesitaba, pues, de la calumnia para perseguir á los cristianos; sin embargo, era tan contrario al espíritu cosmopolita del imperio una persecución religiosa que para cohonestarla, llovieron contra los cristianos las más abominables calumnias.

Aunque la persecución no se extendió fuera de Roma, la impresión causada por los suplicios ordenados por Neron fué inmensa en el mundo cristiano; el estado de exaltación mística en que estaban las almas se exacerbó con el dolor y del seno de las comunidades cristianas del Oriente, partió el anuncio de la ira del Omnipotente, en la forma judaica de un *apokalipsis* ó revelación. El Apokalipsis cristiano apareció poco después de la muerte de Neron y cuando los orientales creían que no había muerto y que volvería á la cabeza de los parthos para restablecer el reino de Satanás, que debía preceder inmediatamente á la venida de Jesús. El nombre de Neron *Kesar Nero*, está oculto en la famosa cifra de la bestia 666 y el profeta de Patmos, lo considera como un verdadero *antecristo* y á Roma como la gran representante del mal sobre la tierra.

Cuando concluyó este gran drama, cuando el miserable Tigellinus, hubo saciado su odio aun en las sectas filosóficas, sobre todo en los estoicos, los eternos conspiradores en favor del pasado republicano, Neron ordenó la reconstrucción de Roma sobre un plan nuevo y desde el Palatino al Esquilino se fabricó una inmensa casa en donde

aglomeró y realizó las mas estrañas fantasías del lujo oriental; los romanos la llamaron *la casa de oro*. Para satisfacer caprichos tan extravagantes, para hacer frente á sus inauditas prodigalidades (había manjares en la mesa imperial que costaban hasta \$200,000.) Neron se proporcionaba recursos organizando el saqueo de los ricos, por medio de leyes suntuarias, de las provincias, de los templos y de los dioses.

El disgusto general favoreció la formación de una vasta conspiración de carácter militar, sobre todo, cuyo objeto principal era destruir al tirano, pero cuyos planes para después de consumado el crimen se ignoran y en la que tomó parte lo mas granado de la aristocracia romana. Un ambicioso de gran influencia sobre las masas, Calpurnio Pison, se puso á su cabeza. Un liberto de uno de los conjurados denunció la trama en momentos de realizarse; empezaron las prisiones, la tortura, las confesiones, aparecieron complicados Séneca, Lucano, que denunció á su madre, Asinius Pollion, etc. Una cortesana, Epicharis, fué mas valiente que todos los conspiradores. Las ejecuciones comenzaron. Pison, Rufus, el prefecto del pretorio, buen número de tribunos, centuriones y soldados perecieron. Séneca y su esposa tuvieron el privilegio de morir á su antojo y se hicieron abrir las venas, pero la mujer sobrevivió: Lucano corrió la misma suerte; otros como el cónsul Vestinus y el cónsul designado, Lateranus, fueron ejecutados. La espléndida casa de este último fué confiscada y dada luego por Constantino á los papas; hoy se llama la basílica de Letran.

Parecía que tantas confiscaciones, tanta sangre, habrían saciado la crueldad y la avidez de Neron, pero la muerte de Poppea, á quien su régio amante mató de un golpe en un arrebató de ira, es-

poleó de nuevo sus instintos brutales. Las órdenes de muerte se sucedían con espantosa rapidez; en este segundo período de terror, perecieron entre otros muchos, el estóico Thrasea Petus, que murió heroicamente, lo mismo que Boreas Soranus, y algunos epicureos como el voluptuoso Petronio, murieron con igual valor. Incapaces de organizar una protesta eficaz contra la tiranía durante su vida, retirados á los placeres los sectarios de Epicuro, y al seno de la filosofía y de las virtudes domésticas los sectarios de Zenon, ninguna influencia duradera pudieron ejercer sobre la marcha política de la sociedad romana; solo una cosa supieron hacer admirablemente: morir.

Después de estas ejecuciones, Neron, poseído del vértigo del miedo, empezó á perseguir, insensato, á los generales que guardaban las fronteras; una de estas víctimas fué Domicius Corbulon, á quien se obligó á venir á Grecia para hacerlo morir (67). Y mientras esto pasaba, los impuestos crecían, el ejército no estaba pagado, no se hacían distribuciones de trigo en Roma, y los viajes triunfales del emperador pesaban gravemente sobre las provincias; cuando Tiridates, lo visitó en 66, los gastos de la recepción del soberano de Armenia fueron tales que las provincias quedaron literalmente arruinadas.

Soñando guerras imposibles ú obras colosales como la apertura del Istmo de Corinto, llevando á la Grecia ejércitos armados de la lira en vez de la espada, burlándose de los dioses, como el Apolo délfico, saqueando los templos y embriagándose con los aplausos serviles de los griegos, celebrando triunfos inverosímiles en Roma, en medio de un boato extravagante, Neron llegó al año 68. Estaba en Nápoles cuando supo la rebelión de Vindex en las Galias y enloqueció de furor porque

el general insurrecto lo llamaba *un mal cantante*. Vindex reunió un fuerte ejército de galos y llamó en su auxilio á Galba, antiguo soldado de noble alcurnia que se habia ocultado, digámoslo así, á las miradas recelosas de Neron en su gobierno de España. Hombre ambicioso pero frío, no acudió al primer llamamiento de Vindex, mas comprendiendo que la lucha era inevitable se preparó á aprovechar la oportunidad. Como Galba, despues de muerto Corbulon, era el hombre más respetado del ejército, á él dirigieron los ojos todos los que ansiaban derribar á Neron; y entre ellos estaba un antiguo compañero de plac-res del tirano. Othon, el marido repudiado de Poppea, que acechaba en el gobierno de otra de las provincias españolas, el momento propicio de satisfacer sus rencores.

Miéntas Neron perdía el tiempo en proyectos extravagantes y en lamentaciones imbéciles en Roma, los acontecimientos se precipitaban en las Galias. Es verdad que Verginius Rufus, con las legiones de la alta Germania, habia marchado en auxilio de Lyon, sitiada por los ednos y los secuanos, y cerca de Bezanson, habia derrotado á Vindex, que pereció en el combate; pero el vencedor vacilaba ya. Galba, entretanto, se habia sublevado en España, proclamándose emperador. Fonteius Capito hacia lo mismo en Iliria, Glodius Macer, en Africa seguia igual camino y detenía las remisiones de trigo que alimentaban á Roma, y solo Vespaciano que estaba encargado de sofocar una terrible rebelion de los judíos, permanecía en expectativa; inútil es decir que todos los rebeldes invocaban la autoridad del Senado, á cuyo prestigio bastaba la tradicion.

El emperador, espantado con las noticias que le llegaban de todas partes, radeado de un pueblo hambriento y se-

guro de la defeccion de los pretorianos, á quienes unos de los prefectos del pretorio, Ninfidius, habia sobornado con la promesa de un enorme donativo, se decidió á huir del palacio ya desierto. Se refugió en la *villa* de Faon, uno de sus libertos, y ahí, al saber que el Senado lo habia declarado enemigo público, se decidió á darse la muerte: "¡que artista va á perder el modelo!" exclamaba en medio de sus vacilaciones. Ya se acercaban los soldados encargados de perdonarlo, cuando se clavó un puñal en la garganta; su secretario Epafrodito, le ayudó á consumir el suicidio. Así acabó la dinastía fundada por César.

Muchos dudaron que Neron hubiese muerto, entre ellos el autor del Apocalipsis. Gracias á esto, algunos impostores tomaron su nombre é intentaron conmover el imperio. Cosa singular! Neron fué durante varios siglos el emperador más popular entre los romanos, y su sepulcro tuvo flores durante mucho tiempo. «Es, dice Michelet, que estos emperadores aparecian siempre ante el pueblo como defensores de la humanidad; su barbarie solo habia herido á los grandes.»

Tres Césares de aventura.—Galba, Othon, Vitelio.—(68—69). El anciano Galba que al conocer la derrota de Vindex habia intentado suicidarse, pasó los Pirineos en cuanto supó la muerte de Neron y recibió en la Narbonesa á los diputados del Senado y el reconocimiento de Verginius. Ninfidius gobernaba entretanto en Roma y evidentemente buscaba un modo de apoderarse del imperio, pero los pretorianos lo mataron. Galba, despues de castigar severamente á las ciudades galas que habian permanecido fieles á Neron y de premiar á las que habian favorecido á Vindex, entró en Roma.

Afectó una gran austeridad de cos-

tumbres y sobre todo un amor á la economía que rayaba en avaricia; así es que aun cuando Fonteius Capito y Clodius Macer sus rivales, habian perecido y Vespasiano mandaba á su hijo Tito á prestar juramento al nuevo emperador, un disgusto sordo y tenaz dominaba entre los pretorianos, á quienes no se habia dado el donativo prometido y en una parte del ejército, p. e. en las legiones de la Germánica, que se creian ultrajadas. Con todo, á pesar de su severidad, Galba se dejaba gobernar por Vinius, su lugarteniente en España protector y suegro de Tigellinus, que vivió gracias á él, por su prefecto del pretorio Lacio, y por su liberto Icillus: los tres se disputaban aquella presa efimera.

Othon que se habia arruinado por Galba, necesitaba del imperio y creia que el anciano lo adoptaría. No fué así, sino que adoptó á Pison, especie de Caton que no ofreció ningun donativo á la tropa. Othon, que tenia ya gran partido en los pretorianos los sublevó y Galba abandonado de todos fué muerto en una plaza pública de Roma, entre las oleadas del populacho aglomerado para presenciar el desenlace de la sedicion (Enero de 69). Así pereció despues de un reinado de siete meses este hombre «que fué superior á la condicion privada miéntas permaneció en ella y que hubiera parecido siempre digno del imperio á no haber sido emperador.» (Tá-cito).

Othon se mostró desde los primeros momentos clemente y lleno de respeto por el Senado, á quien tuvo ocasion de proteger contra una terrible intentona de los pretorianos. No pudo impedir la satisfaccion de algunas venganzas y algunas ejecuciones como la del impuro Tigellinus, pero inauguró bastante felizmente su reinado, aunque su excesiva condescendencia con los pretorianos, autores de su fortuna, hacia prever dias malos.

Othon no tuvo tiempo para nada: Galba habia puesto á la cabeza de las legiones de la baja Germania á un hombre dotado de los más brutales instintos y crasamente inepto, Vitellius, que habia pasado sus primeros años en Caprea al servicio de Tiberio: Vitellius fué adorado de los soldados, porque los dejaba hacer cuanto querían, verdadero esclavo de las legiones, no su general. Irritados profundamente contra Galba y dirigidas por dos ambiciosos, Valens y Cecinna, los ejércitos de la baja y del alta Germania proclamaron emperador á Vitellius, dirigiéndose á Italia, un cuerpo por el gran San Bernardo al mando de Cecinna, otros al mando de Valnes por el *Mont Cenis*. Vitelio debía seguirlos con el tercer cuerpo. Las Galias temblaron ante aquellos soldados indisciplinados y feroces que todo lo pillaban y que no arruinaron para siempre las ciudades todas de las provincias gracias á los gruesos rescates que pagaban.

Othon habia logrado formar un ejército muy indisciplinado tambien, pero que debia reunirse á las invencibles legiones del Danubio, en donde figuraban generales como Suetonius Paulinus y Verginius. Los ejércitos se encontraron en la llanura del Pó y gracias á la condescendencia de Othon con los soldados, se libró la batalla, contra la opinion de Suetonio, cerca del campamento de Bedriac. Una parte del ejército othoniano fué vencido y el emperador que estaba en Bricellum (Brescia) resuelto á no continuar la guerra, se dió la muerte con una tranquilidad catoniana; el ejército lloró amargamente á aquel valiente y muchos soldados se suicidaron de dolor (Abril 69).

Cuando Vitelio llegó al campo de Bedriac cuarenta dias despues de la batalla, cuando estaba todavía el terreno lleno de cadáveres y hubo pronunciado

aquella célebre frase: el cadáver de un enemigo huele siempre bien, se apresuró á ocupar á Roma, con su ejército de bufones, de histriones, de cocheros y de cocineros sobre todo. En la capital llegó á tomar proporciones inauditas la orgía perpetua en que vivía; su pasión era la gula; inventaba platos monstruos, se hacía convidar á varios festines en el mismo día, y usando del sistema de vomitar despues de cada comida, llegaba á engurgitar en un solo día una cantidad increíble de manjares. Tal era su voracidad que en los sacrificios se lauzaba sobre las viandas y los pasteles que los sacerdotes hacían cocer. El pueblo idolatraba á aquel cerdo en quien veía una especie de encarnación suya, y preciso es confesar que en el corto tiempo que reinó el gloton imperial hubo pocas confiscaciones y ejecuciones. Entretanto Valens y Cecinna, ya rivales, y el último dispuesto á traicionar, gobernaban en Roma, en medio de la más completa indisciplina de las tropas. España estaba á punto de sublevarse, las Galias, las provincias danubianas estaban hondamente conmovidas, lo mismo el Africa; los soldados de Othon esperaban el momento de vengarse y Vespasiano, que iba á emprender el sitio de Jerusalem era proclamado emperador en Alejandría. Las legiones de Judea, Muciano, al frente de las legiones de Siria lo reconocieron también y este se puso en marcha para reunirse á las legiones de Mesia y del Iliricum y penetrar en Italia mientras Tito continuaba el sitio de Jerusalem y Vespasiano se trasladaba á Alejandría para aprovechar la marcha de los acontecimientos.

Antonius primus con las legiones de Mesia y sin esperar á Muciano, pasó á los Alpes. Los vitelianos, á quienes Cecinna había querido sublevar por Vespasiano, aprehenden á su jefe y se tras-

portan de las orillas del Adige á Cremona; mientras la insurrección cunde por todas partes, Antonio se apodera de las plazas fuertes de la comarca y la flota se subleva en Ravenna. Cerca de Cremona tuvo lugar un choque sangriento. Los vitelianos fueron vencidos y pidieron la paz. Para sellar la reconciliación aquella soldadesca desenfrenada; á la que se unían auxiliares bárbaros de casi todas las comarcas con que estaba el imperio en contacto, entraron á saco á aquella floreciente colonia de Cremona: No quedó de ella en pie más que el templo de Mefitis. Italia se estremeció de espanto.

Aquella multitud abigarrada de panonios, dálmatas, suevos, sirios, etc., tomó el camino de Roma, Valens había sido capturado y ejecutado en la Narbonense, sublevada ya, lo mismo que la España y las Galias; Vitelio, que dormía sus enormes digestiones, quiso cerrar los pasos del Apenino pero retrocedió al saber que el Sur de la península estaba en plena insurrección. Entonces empezó á entrar en arreglos con los oficiales de Vespasiano que no querían exponer á Roma á un asalto de sus hordas, y el hermano de Vespasiano, Sabinus, y su hijo, el inquieto Domitianus, que estaban en Roma, se encargaron de las negociaciones. Vitelio quiso abdicar pero el populacho y los germanos del pretorio lo obligaron dos veces á volver á Palacio, y sitiaron á Sabino en el Capitolio; el templo sagrado fué reducido á cenizas y Sabino capturado y muerto; Domiciano pudo salvarse. Al saber esto Antonio y Muciano, marcharon sobre Roma, tomaron á viva fuerza y sin dar cuartel el campo de los pretorianos, y penetraron en la ciudad, en donde se batieron algunos días en las calles. Por fin Vitelio, que había intentado en vano escapar con su panadero y su cocinero, fué

sorprendido en el cuarto de un portero del palacio imperial, y de ahí llevado entre insultos á las gemonias, luego asesinado y arrojado con garfios al Tiber. La revolución estaba consumada y una nueva era se abría para Roma: Vespasiano iba á reinar.

LOS FLAVIOS.—*Vespasiano*. (69-79).—En los primeros años del reinado de Vespasiano concluyeron dos guerras que pudieron tener consecuencias desastrosas para el imperio, y que las hubieran tenido de seguro, á haberse prolongado la guerra civil: nos referimos á las guerras de los batavos y de los judíos.

Al frente de la insurrección de los primeros, cuyo centro estaba en la isla formada entre el Rhin, el Wa'al y el Meuse, se puso Civilis, hombre de alta alcurnia, cuyo hermano había sido muerto de orden de Neron. Antonius Primus le había escrito al sublevarse en Pannonia contra Vitelio, que entretuviese á las legiones del Rhin, y él aprovechó la coyuntura para proclamar la independencia, llamando á ella á los galos y á los germanos. El estado de disolución en que se hallaba el ejército favoreció sus primeros movimientos; obtuvo serias ventajas contra las legiones, puso sitio á *Vetera Castra*, y aunque no la pudo tomar, sí se apoderó de Gelb. Las noticias que llegaban de Italia, provocaron un movimiento entre los belgas: uno de sus jefes, Classicus, sedujo á los auxiliares y á las tropas romanas y hasta la guarnición de *Vetera* reconoció el nuevo imperio de las Galias; Civilis, que permaneció ageno á este movimiento, se valió de la ocasión para destruir pérfidamente á los defensores de *Castra* é incendiar su campamento; estaba vengado y esperó desde entonces el momento en que cumpliéndose los vaticinios de la profetiza germana Velleda, pudiera establecer sobre

el Rhin un gran imperio que comprendiera las Galias y las Germanias.

Ya la insurrección tomaba proporciones alarmantes cuando Cerialis pasó los Alpes; en un momento conquistó el valle del Rhin, acogió á las legiones infieles y deshizo el imperio de las Galias, tanto por la espada como por la política.—Un discurso que dirigió á los treviros, es un elocuente trozo de filosofía de la historia de Roma; terminaba con estas palabras: «Ochocientos años han sido necesarios y una fortuna y disciplina constantes para elevar ese coloso que no puede caer sin aplastar al mundo bajo sus ruinas; en consecuencia amad la paz y esa Roma,—que se dá igualmente á los vencedores que á los vencidos.» Civilis quiso seducir á Cerialis, y como no lo lograra, lo atacó y fué completamente vencido. Poco tiempo despues tuvo que refugiarse en su isla que intentó en vano conquistar Cerialis. La guerra terminó por un tratado, que dejaba en realidad independientes á los batavos.—Esto por lo menos había logrado Civilis.

La guerra de los judíos había empezado bajo Neron, el año de 66. Este pueblo singular poseído más que nunca de esperanza en el triunfo que Javeh le había prometido, más seguro que nunca de la eternidad de Jerusalem, á pesar de que pesaba sobre él la mole enorme del imperio romano, veía próxima la ruina del coloso y sabía á ciencia cierta que los tiempos mesiánicos habían llegado ya; multitud de impostores apellidándose Mesias ó Cristos arastraban en pos suya grandes masas de pueblo, que parecían presa del delirio. Los cristianos á pesar de que vivían en derredor del templo y que con excepcion de los discípulos de Pablo, cumplían con la ley mosaica, eran agenos á aquellos movimientos convulsivos del resto de la nación judía; para

ellos el Mesias habia venido, pero su reino era espiritual, en lo que los judíos ortodoxos no podian consentir.

Después de la muerte de Agrippa á quien Calígula y Claudio habian colmado de favores, la Judea y la Samaria habian vuelto á ser gobernadas por procuradores bajo la dependencia del gobernador de Siria y el dominio de Roma tan dulce y tolerante hasta entonces para los judíos, empezó á ser intolerable gracias á las rapacidades de los agentes imperiales que explotaban las pasiones religiosas del pueblo y sobre todo los odios seculares entre judíos y samaritanos. Entre todos estos agentes se distinguió por su codicia y su crueldad, Felix, el hermano del liberto Pallas, favorito de Claudio. Dado el estado social anárquico de aquel pueblo, por este camino tenia que llegarse á una explosion espantosa. La predicacion socialista de los intérpretes de la Escritura, terrible para el rico y para el extranjero, habia suscitado la secta de los *zelotas* que desde hacia medio siglo asociados á los bandidos en las montañas formaron el partido de los *sicarios*, que no reconociendo mas gobierno que el de Dios, espantaban aquellas regiones con sus crímenes. Asi es que aristócratas resentidos, sacerdotes enconados, magos, profetas y asesinos componian aquella nacion cuando con motivo de un sacrilegio cometido por un griego, estalló la rebelion en Cesarea. Los ricos, los fariseos, los saduceos, el rey Agrippa quisieron detener el torrente; los arrollaron los *sicarios* y el pueblo y toda la comarca cayó en poder de los rebeldes en medio de terribles violencias. — Más de 100,000 judíos fueron degollados en Egipto y en el Asia por los griegos al saber la insurreccion; los rebeldes degollaron tambien á los griegos que cayeron en sus manos y así se inauguró esta guerra implaca-

ble. Esto y la derrota del gobernador de Siria decidió á los más tímidos, excepto á los cristianos que abandonaron á Jerusalem. Los principales personajes aceptaron altos puestos, entre ellos el historiador Josefo, que se encargó del gobierno de Galilea, el baluarte de la Judea.

Neron recurrió á su mejor general y Vespasiano entró en Judea el año 67 con más de 60,000 hombres: Josefo fué vencido en Galilea después de una resistencia heroica de sus soldados y él fué capturado y perdonado, gracias á sus adulaciones para con Vespasiano. Este dejó que las facciones que luchaban en el interior de Jerusalem debilitaran la insurreccion y se consagró á conquistar el resto del país. En Jerusalem habia tres bandos en lucha. Eliazar y sus bandoleros, asesinos del gran sacerdote Amanus que con los moderados habia querido oponérseles, ocupaba el templo; Juan de Giskhala, el recinto exterior y Simon Bar Gioras con sus bandas de idumeos era dueño del monte Sion y de la ciudad. Cuando Vespasiano marchó á Alejandria, una vez proclamado emperador y Tito, su hijo, quedó al frente del sitio de Jerusalem, Giskhala se habia ya apoderado de todo el templo. El sitio duró cinco meses; los sufrimientos y la heroicidad de los sitiados tienen pocos puntos de comparacion en la historia. Los que no murieron en la guerra, murieron de hambre ó crucificados por los romanos. — Josefo calcula aunque exageradamente en más de un millon el número de las victimas y la mitad de ellas solo en Jerusalem. El templo fué incendiado el 6 de Julio de 70 y en Agosto la Judea yacia cautiva y los circos y los mercados del Asia estaban llenos de judíos; la libertad de este pueblo de alma inmensa habia muerto para siempre; aun hoy es llorada en todas las comarcas de la tierra.

Con estas victorias inauguró su reinado Vespasiano, que á pesar de ser un hombre serio, hacia milagros en Alejandria queriendo hacer creer que él era el hombre anunciado por todos los profetas del Oriente y que en aquella época habia de regenerar el mundo. Ese hombre habia pasado como una sombra suave y serena por la Judea y habia muerto oscura y tristemente en el Gólgota.

Después de haber dejado arreglado el Egipto y la Kirenaika, Vespasiano recorrió algunos litorales del Asia, haciendo sentir su influencia pacificadora y sin esperar á Tito, como fué su primera intencion, marchó á Italia en donde fué recibido por Musiano y los senadores en Brindis y por Domiciano y el pueblo en Benevento. Musiano, comprendiendo perfectamente el deseo de reposo que se habia apoderado de Roma y del mundo, habia hecho cesar las ejecuciones políticas y fué ésta la más trascendental de las hábiles medidas tomadas por el fiel lugarteniente de Vespasiano para desembarazar de obstáculos el camino imperial. Domiciano mismo que gustaba de entrometerse en todo y de disponer de los empleos públicos al grado que Vespasiano le escribió un dia, que á dicha tenia que no hubiese dispuesto tambien del imperio, se retiró á la vida de los versos. Vespasiano podia reinar en paz (1).

Fué la vida de este príncipe, la de un particular laborioso, destituido de vanidad y familiar con todo el mundo aunque no por eso débil. Tuvo dos grandes propósitos: consolidar el orden político y organizar las finanzas del Estado. Empezó depurando al Senado de donde arrojó á muchos hombres in-

(1) Con los principios del reinado de Vespasiano concluyen los cinco libros escasos que de las Historias de Tácito nos quedan. Para suplir esta irremediable pérdida solo nos quedan Suetonio, algunos fragmentos de Dion y los abreviadores de Aurelio Víctor y de Eutropio.

dignos ó sospechosos, que figuraron desde entonces en las filas de la oposicion. Llamó al alto cuerpo á los jefes de las familias más distinguidas de las provincias y más de mil escogidos en lo mejor de la aristocracia provincial se fijaron en Roma. Para comprender la trascendencia de esta medida, bastará indicar que á ellas pertenecian Agricola, suegro de Tácito, (el gran historiador fué protegido de Vespasiano) el padre de Trajano, el abuelo de Antonino, etc. En suma, gracias á la reforma imperial el mundo disfrutó de ese siglo de dicha y de paz, que se ha llamado de los Antoninos.

Al Senado, así renovado, sometió todas las cuestiones importantes, lo cual ha hecho suponer á algunos equivocadamente, á Hirschfeld, por ejemplo, que habia intervenido un nuevo contrato entre el Senado y el Emperador, en que éste cedia al primero parte de las facultades conquistadas por Claudio y Neron y cuyo contrato constaba en la *Lex regia de imperio Vespasiani*. Error, el rudo sabino no estaba hecho para comprender las sutilezas de la constitucion artificial de Augusto y fué un emperador tan absoluto como los otros; sus deferencias para con el Senado dependian no de su obligacion, sino de su arbitrio y esa *lex regia* probablemente se renovaba á cada cambio de reinado, sino que solo nos queda la que concierne á Vespasiano.

Contrastaban con la sencillez rústica, un tanto grosera quizá, de Vespasiano, sencillez que ha dado lugar á tantas anécdotas sobre su avaricia y su avidez (V. Suetonio *in Vesp.*) los enormes gastos que se hicieron durante su reinado. — Restauró espléndidamente el incendiado Capitolio, construyó un nuevo *forum*, empezó la obra de ese anfiteatro inmenso cuyas ruinas asombran quizá más que las Pirámides, (el Co-